

# ALBUM SALON



1150266  
1891

J. H.

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO I

BARCELONA, 5 DE DICIEMBRE DE 1897

NÚM. 3

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA

\* V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaacs.—Rafael M. Liern.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Magín Morera Galicia.—Eduardo Montesinos.—Garpar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Francisco Tomás Estruch.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—José Arija.—Luis Alvarez.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cusachs.—José Cuchy.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Félix Mestres.—Nicolás Mejía.—Francisco Miralles.—Méndez Bringa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Marcelino de Unceta.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Claudio Martínez Imbert.—Joaquín Malats.—Enrique Morera.—Luis Millet.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

NOTA. — Como observará el público los anteriores nombres, están colocados por riguroso orden alfabético.

LA DIGNIDAD, por XAUDARÓ.



(A LAS 11 DE LA NOCHE). — ¡Paso al Excmo. Sr. Conde de X...!

(A LAS 1 DE LA MADRUGADA). — Pero chica, ¿por quién me has tomado? ¿crees tú que voy a poner los pies en un fonducho de segundo orden?

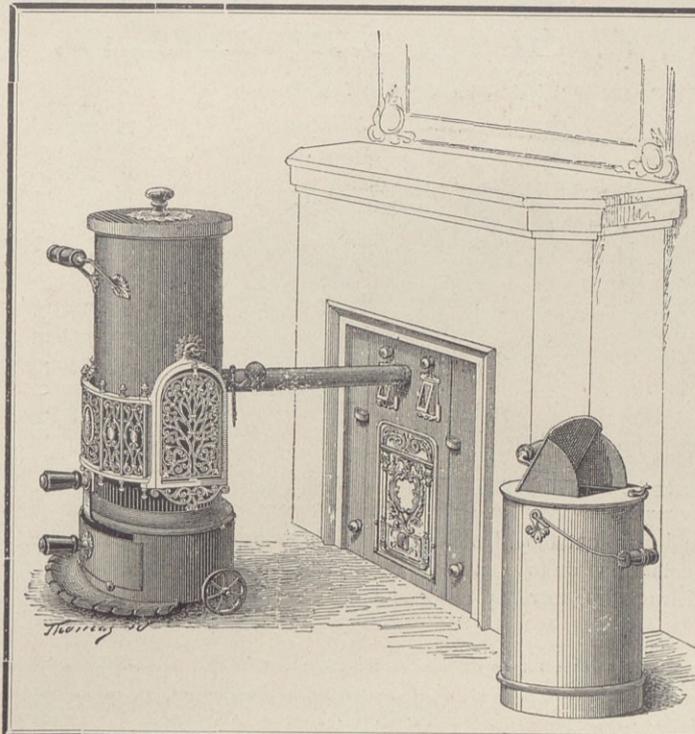
## COMPañÍA LIEBIG

Las más altas distinciones en todas las Grandes Exposiciones Internacionales desde 1867.

FUERA DE CONCURSO DESDE 1865

### VERDADERO EXTRACTO DE CARNE LIEBIG

Caldo concentrado de carne de vaca utilísimo y nutritivo para las familias y enfermos. — Exigir la firma del inventor Barón LIEBIG de tinta azul en la etiqueta. — Se vende en las principales Droguerías, Farmacias y Casas de Comestibles de España. — En BARCELONA, dirigirse al Sr. D. A. JEANBERNAT, paseo Industria, letra B, 1.º



# GRANDES TALLERES Y ALMACENES

de Fumistería, Fundición, Maquinaria y Ferrería.

DE  
VIUDA É HIJOS DE GASPAR QUINTANA

TALLERES Y DEPÓSITO: Tapias, 6 y 6 bis.  
ALMACÉN Y DESPACHO: S. Pablo, 46 y Mendizábal, 25.

SECCION DE FUMISTERIA  
COMPLETO Y VARIADO SURTIDO EN

**CALORIFEROS**, de todos sistemas, por leña, carbón ó gas.  
**CHIMENSAS**, para salón y comedor.  
**ESTUFAS** de todos sistemas, sencillas y de lujo.  
**La Salamandra. — Sanitaire. — Choubersky.**  
**Flamboyant. — Thermostat — Norte Americana.**  
**Sueca. — Chapsal de Petxina, etc., etc., etc.**  
**ESTUFAS**, «aire caliente», para la calefacción de edificios  
**ESTUFAS**, «agua caliente», para invernáculos.  
**ESTUFAS**, «rusticas», para fábricas.  
**ESTUFAS**, para cuadras, etc., etc., y todos los trabajos y accesorios necesarios para la calefacción.  
**COCINAS** económicas, de todas clases, para colegios, hoteles; hospitales, conventos, cuarteles y casas particulares.  
Se remiten catálogos gratis á quien los necesite.

**CHASSAIGNE FRÈRES**  
PIANOS  
DE COLA Y VERTICALES  
A cuerdas cruzadas con cuadro de hierro  
VENTA Á PLAZOS — ALQUILERES  
Casa fundada en 1864, Fortuny, 8.  
BARCELONA

GRANDES ALMACENES DE **EL SIGLO**  
LOS MAS GRANDES E IMPORTANTES DE ESPAÑA  
Rambla de Estudios, 5 y 7, y Xuclá, 10 y 12. — BARCELONA  
Dirección por correo: CONDE, PUERTO y C.<sup>a</sup> — Apartado, núm. 101, TELEFONO, NUM. 181  
DIRECCION TELEGRAFICA, SIGLO - BARCELONA  
Inmensos y variados surtidos en todos los artículos que se expenden en estos Almacenes, y componen las SECCIONES de Abanicos, Alombras, Bateria de Cocina, Bisutería, Camisería, Cepillería, Confecciones, Corbatería, Corsés, Cortinajes, Efectos de Escritorio, Efectos de Viaje, Ferrería, Fumistería, Géneros de punto, Guantería, Joyería, Juguetes, Lampistería, Lanería, Lencería, Loza y Cristal, Lutos, Marroquinería, Mercería, Metal Blanco, Muebles, Objetos Fúnebres, Objetos Japoneses, Objetos de Porcelana, Óptica, Pañolería, Papelería, Paraguas y Bastones, Pasamanería, Peletería, Perfumería, Platería, Quincallería, Relojería, Ropa Blanca, Sastrería, Sedería, Sombrerería. Sombreros para Señora, Zapatería, etc., etc. — Precio fijo, VENTAS AL CONTADO. Entrada libre.  
NOTA. — La Casa publica dos Catálogos generales, uno para la temporada de verano y otra para la de invierno, además de varios Catálogos especiales para cada sección, los que se remiten gratis y francos de porte al que lo solicite.

LA DIGNIDAD, por XAUDARÓ.



(Á LAS 5 DE LA MAÑANA). — Vaya, me voy porque ese Conde lleva trazas de no despejarse en ocho días.



(Á LAS 9 DE LA MISMA). — ¡Apartaros, que traemos al Conde!  
(Del natural).

ORFEBRERIA  
CHRISTOFLE  
UNICO REPRESENTANTE  
PEDRO LLIBRE  
BARCELONA

JUAN BAUTISTA PUJOL Y C.<sup>a</sup>  
EDITORES DE MÚSICA  
1 y 3, PUERTA DEL ANGEL, 1 y 3. — BARCELONA  
Música de todos géneros y países. — Pianos, Harmoniums, Organos é instrumentos de orquesta y banda. — Representación y depósito de las principales casas extranjeras. — Contratas especiales. — Compras directas. — Agentes en Paris, Bruselas, Berlin, Leipzig, Hamburgo, Londres, Milán y Viena. — Precios, los más económicos, y existencias, las más importantes de la Península. — Catálogos gratis. — Expediciones diarias.

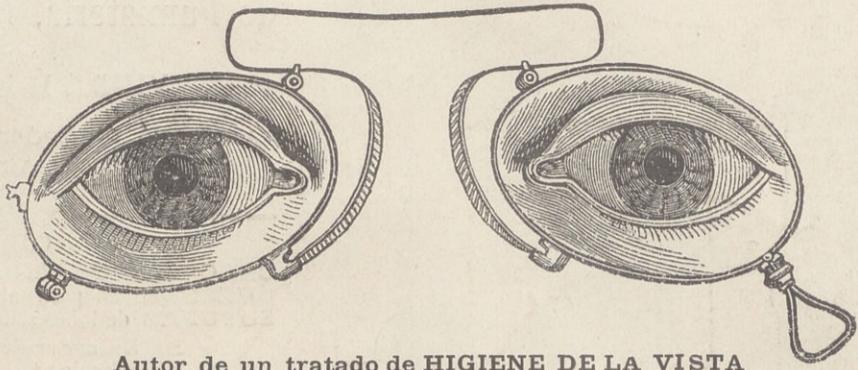
LO MAS SANO  
PARA CONVALECIENTES  
Y SEÑORAS RECIEN PARIDAS  
ÚNICO CHOCOLATE  
Premiado en Filadelfia en 1876  
Precio: 3, 4 y 6 pesetas libra. Hay cajas para regalo, de doce paquetes, á pesetas 18, 24 y 36  
VENANCIO VÁZQUEZ  
DESPACHO: CUATRO CALLES  
y en los Ultramarinos y Confiterías de España

**Litografía**  
**L'Art**  
 impresiones  
 artísticas  
 Paseo de Gracia  
 149 Barcelona.  
 Estrillo y  
 Kialp



**CRESPIN ESPUY, ÓPTICO DE PARIS,**  
 SUCESOR DE ESPUY HERMANOS

AL VERDADERO CRISTAL  
 DE LA ROCA  
 DEL BRASIL Y MADAGASCAR



ESTABLECIMIENTO DE  
**ÓPTICA FRANCÉS**  
 Escudillers, 70, BARCELONA

Autor de un tratado de **HIGIENE DE LA VISTA**

Se componen toda clase de objetos de óptica, anteojos, lentes y gemelos de todas clases, de campaña y marina. — Construcción, reparación y colocación de toda clase de campanillas eléctricas para hoteles, casas particulares, casas de Banca, administraciones, torres y casas de campo a un 40 por 100 más barato que las demás casas de esta clase.

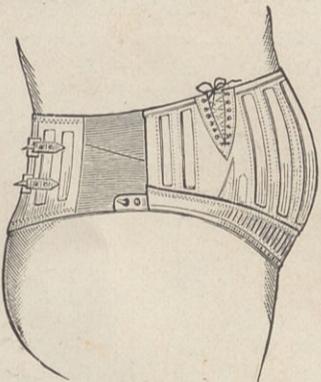
**HISTORIA DEL GENERAL PRIM**

POR

**FRANCISCO JOSÉ ORELLANA**

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale UN REAL, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromó.

**LA EMPERATRIZ**



Corsés  
 y Fajas

TRES LLITS,  
 núm. 10  
 ESCUDILLERS,  
 BLANCHS, 2  
 BARCELONA



Faja ventrera para sujetar, sostener y disminuir el vientre, elogiada y recomendada por ilustres Doctores en Medicina de esta Capital.



Para tener salud

Pídase el catálogo

**KNEIPP**  
 que regala la Casa  
**SANTIVERI**

Calle del Call, 20 y 22, Barcelona

GRANDES ALMACENES DE

**EL SIGLO**

LOS MAS GRANDES E IMPORTANTES DE ESPAÑA

Rambla de Estudios, 5 y 7, y Xuclá, 10 y 12

Dirección por correo: **BARCELONA** Apartado, núm. 101  
 CONDE, PUERTO Y C.<sup>a</sup> TELEFONO, NUM. 181

Dirección telegráfica, «SIGLO-BARCELONA»

Inmensos y variados surtidos en todos los artículos que se expenden en estos Almacenes, y componen las

**SECCIONES**

de Abanicos, Alfombras, Bateria de Cocina, Bisutería, Camisería, Cepillería, Confecciones, Corbatería, Corsés, Cortinajes, Efectos de Escritorio, Efectos de Viaje, Ferrería, Fumistería. Géneros de punto. Guantería, Joyería, Juguetes, Lampistería, Lencería, Lencería, Loza y Cristal, Lutos, Marroquinería. Mercería, Metal Blanco, Muebles, Objetos Fúnebres, Objetos Japoneses, Objetos de Porcelana, Óptica, Pañolería, Papelería, Paraguas y Bastones, Pasamanería, Peletería, Perfumería, Platería, Quincallería, Relojería, Ropa Blanca, Sastrería, Sedería, Sombrería, Sombreros para Señora, Zapatería, etc., etc.

PRECIO FIJO VENTAS AL CONTADO ENTRADA LIBRE

NOTA. — La Casa publica dos Catálogos generales, uno para la temporada de verano y otra para la de invierno, además de varios Catálogos especiales para cada sección, los que se remiten gratis y francos de porte al que lo solicita.

**DEPILATORIO EN POLVO DEL DR. THOMSON**

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.



Antes de usarlo.



Después de usarlo.

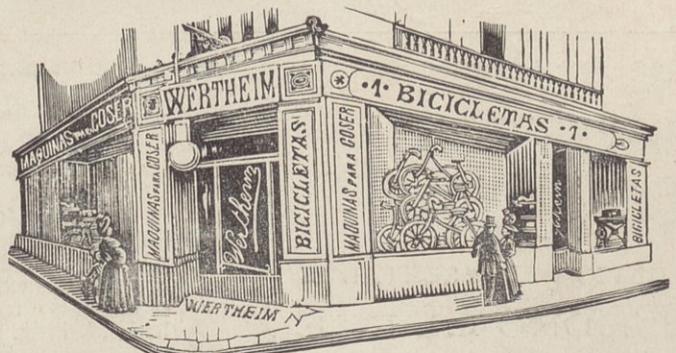
Aplicación sencilla,  
 resultados positivos.  
 Precio: 3 pesetas caja.

Unico Depósito: Perfumería LAFONT

CALL, 30 \* BARCELONA

**WERTHEIM**

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS



AL CONTADO y a PLAZOS

AVIÑO, 9 \* BARCELONA

BICICLETAS GARANTIDAS

impresión instintiva de pánico, esperamos su estallido, pero por fortuna no reventó. En cambio, sí lo hizo otra, á cierta distancia del batallón, y dos de sus cascots nos hirieron á otros tantos hombres.

Después, sí, cayeron más granadas, y aún, lo que fué peor, algunos *shrapnells* (granada-metralla) estallaron á corta altura, y más soldados fueron heridos ó muertos, lo que comenzó á producir desorden en las filas.

Aquella formación compacta y en terreno tan descubierto ofrecía blanco excelente para las baterías á caballo del enemigo, que de una galopada habían llegado á establecerse en posiciones flanqueantes, desde las que *nos freían*. Los escuadrones, en cambio, parecían haber desaparecido tras de las ondulaciones del suelo, y sólo veíamos algunas parejas de jinetes destacarse sobre el fondo gris terroso de las colinas.

Los demás escalones de nuestra brigada retirábanse también, sin procurar sostener al nuestro, que era el más avanzado, y la marcha hacíase cada vez más difícil, sobre todo al llegar á las tierras de labor blandas y húmedas en que nos metíamos hasta la rodilla.

Habíanos sido forzoso dejar los muertos en el camino; excepto á dos oficiales; los heridos que podían andar seguíannos por su pie; pero otros ocupaban las camillas, restando hombres útiles para el combate. Y la situación agravóse cuando de entre unas arboledas más avanzadas que la posición de la artillería enemiga, comenzamos á recibir fuego de fusil.

Era imposible que fuese de su infantería, que muy atrás quedó de seguro. ¿De quién era, pues? De un regimiento de dragones, que avanzando oculto y protegido por las baterías, establecióse allí, y pie á tierra, nos abrasaba bien cubierto.

Comprendió entonces el teniente coronel que así no podíamos continuar; el cuadro era un nido de proyectiles; y mandó adoptar otra formación más propia de las circunstancias: dos compañías desplegaron en tiradores para contestar á la fusilería de los jinetes enemigos, y el resto del batallón con la impedimenta siguió la marcha.

Pero pocos minutos después, la aparición de los lanceros y húsares, que á toda rienda venían sobre nosotros, hízonos formar nuevamente el



cuadro. Una sección que no consiguió replegarse desde las guerrillas y se dispuso á esperarlos, *agrupándose* como el reglamento ordena, fué deshecha y acuchillada.

Cayeron, no obstante, otra vez en montón jinetes y caballos á las descargas de nuestros fusiles; alguno avanzó como poseído de un vértigo hasta clavarse en las bayonetas; y las cargas se repitieron no sé cuantas veces. Entre una y otra, las piezas de las baterías á caballo y los dragones, desde la arboleda diezmaban nuestras filas. No veíamos ya á los otros tres batallones de la brigada.

Tanto y tanto esfuerzo, tuvo al fin su recompensa. En una de las cargas y antes de que nuestra fusilería diezmasé á los rojos lanceros enemigos, vimos caer entre éstos una granada, á la que siguieron otras; rudo cañoneo comenzó entonces desde las posiciones á donde nos dirigíamos; las baterías á caballo *que nos achicharraban*, apagaron el suyo; huyeron también los dragones, y la masa de jinetes cesó de agobiarnos. Era la artillería de todo el 2.º cuerpo, enviado por el general en jefe á contener el ataque de flanco, que inútilmente habíamos pretendido resistir nosotros. Bajo aquella protección, pudimos seguir en busca de las restantes fuerzas

de la brigada, y en el lindero de un bosque, en excelente posición situado, allí dimos con ellas; atrincherándonos también.

Entonces acabó la violentísima tensión de nuestros espíritus; entonces, tendidos en tierra los hombres, y esperando aún los nuevos riesgos de la no interrumpida batalla, desfiló ante mi vista todo lo ocurrido en tan sangriento y memorable día; y entre el fragor del combate que continuó hasta muy entrada la noche, y en que al fin y al cabo rechazamos al enemigo, no cesé de ver ni por un instante aquel pequeño cuadro de batallón, deslizándose trabajosa, pero gallardamente, sobre la ondulada llanura, y rechazando cargas y más cargas de lanceros rojos, húsares blancos y cazadores amarillos, entre el fuego de las baterías á caballo y de los dragones azules.

Apareciéndome así en todo su esplendor la justicia con que el arma de infantería ha recibido en todos los ejércitos el glorioso nombre de REINA DE LAS BATALLAS.

JUAN LAPOULIDE

ILUSTRACIONES DE P. BÉJAR



LA FIESTA EN EL HOGAR



EN SU LUGAR DESCANSO

## INFANTERIA CONTRA CABALLERIA

CON qué atención! ¡qué embelesados escuchábamos mis hermanitos y yo los relatos que, de las aventuras de su vida de campaña, de los combates en que había estado, y de los riesgos en que se había visto, nos hacía el anciano coronel retirado, Rodríguez Pérez, íntimo amigo de nuestro padre, de quien había sido capitán! Era muy aficionado á chicos, nuestras travesuras le deleitaban; así era, que cuando mi madre pretendía librarle de nuestra pesadez ó infantil curiosidad se oponía siempre diciendo:

—Déjelos usted Luisa, que no me molestan; todo lo contrario.

Se conservaba célibe, porque tenía la opinión de que el militar debía serlo, como el sacerdote, si había de cumplir con su deber. Me hubiera faltado el valor para arrostrar la muerte en los combates, si en el momento de entrar en fuego, hubiese podido conturbar mi espíritu la idea de que podían quedar huérfanos mis hijos y viuda mi mujer; por eso no me he casado. Y lo lamento únicamente por no tener hijos, porque los niños son mi encanto. Y á nosotros nos quería como si fuésemos hijos suyos. El padrazo más padrazo no hubiera aguantado con tanta paciencia nuestras impertinencias como él.

—¿Ande usted, don Pedro; cuéntenos usted una batalla, pero que sea bonita!

—Diga usted, ¿cuándo tiraban muchos tiros, tenía usted miedo?

—¿Verdad usted, que una vez se atracó de tronchos de berzas porque no había otra cosa que comer? Porque Juanito no lo quiere creer, y dice que ni que fuera usted cerdo.

—Antoñito dice que tenía usted un sable muy largo ¡muy largo! y con mucha punta, y que en una pelea pinchó usted con él á siete carlistas de una vez. Eso es *tróla*, ¿verdad?

—¿Tenían los carlistas mucho bigote?

Con seráfica calma, sonriendo bondadosamente, y con la seriedad de quien contesta á preguntas muy razonables, nos contestaba, evacuando nuestras consultas y resolviendo nuestras dudas.

En una ocasión, mi hermanito menor, que era muy aficionado á montar en caballos de cartón, para aprender, como él decía, á montar en los de carne, hubo de decir á don Pedro:

—Cuándo los de caballería se metiesen con ustedes, echarían ustedes á correr...

ANTIGUO VOLUNTARIO DE PUERTO RICO

—Cuándo los de caballería se metiesen con ustedes, echarían ustedes á correr...

Y el buen don Pedro, que había sido de infantería, indignado de que se supusiera, ni aun por unos mocosos como nosotros, que la infantería era incapaz de resistir una carga de caballería, replicó con vehemencia.

—No lo creas, Pepito. Y para que te convenzas te contaré lo que sucedió en la acción de...—Y aquí citó una de las ocurridas en la guerra civil de los siete años.

Nos mandaba don Diego de León, la primer lanza del ejército. El combate era muy reñido, la victoria estaba muy dudosa, y habían llegado esos momentos críticos en que cualquier incidente decide el éxito, cuando de repente, de detrás de unas lomas que los habían ocultado hasta entonces á nuestra vista, salieron tres escuadrones carlistas, que, gallardamente pasando del paso al trote y, de éste al galope, iniciaron una carga sobre nuestro flanco derecho que resultaba envuelto por ellos. Cuando por su flanco y retaguardia, con nuestras guerrillas y columnas de infantería, que á duras penas se sostenían en sus posiciones, viniera á chocar aquella vertiginosa tromba de hombres y caballos, nuestra derrota era segura.



—¡Ah!—exclamó furioso el general León, apretando nerviosamente los puños con el mayor coraje;—¡si yo tuviera aquí un escuadrón tan sólo!

Pero no tenía disponible más fuerza que la compañía de cazadores del regimiento de Zaragoza, cuerpo de infantería que, en aquella guerra, se había ganado una gran reputación de bravura.

Hubo de oír su capitán la exclamación de don Diego de León, y le dijo con noble altivez:

—No hace falta, mi general. Estamos aquí nosotros.

—Pues bien, señor capitán, haga usted con su compañía lo que buenamente pueda.

—Rechazar al enemigo;—replicó el pundonoroso capitán de cazadores. Y como no había tiempo que perder, hizo que su compañía desplegándose en dos filas, se tendiese en tierra en una suave hondonada que había en el llano por donde avanzaba la caballería carlista, ocultando, de este modo, á sus soldados de la vista del enemigo.

—¡Preparen, armas! ¡Al que se mueva; al que dispare un tiro antes de mi voz de mando, lo rajo! ¡Y ni una palabra! ¡ni un grito!

Aquellos aguerridos y valientes soldados de infantería obedecieron las órdenes de su capitán.

La caballería enemiga estaba muy cerca; retemblaba el suelo á su aproximación; en los cazadores se notaban ya algunos movimientos de intranquilidad, de desasosiego: les contenía solamente la serena actitud de su capitán, único que se mantenía en pie, erguido el cuerpo con arrogancia, apoyada en tierra la punta de la espada, alta la cabeza, y con la vista fija en el enemigo que, avanzando por momentos el aire de carga, iba acortando rápidamente la distancia que mediaba entre él y la oculta infantería. Cuando estuvo la caballería á muy pocos pasos de los cazadores, el capitán, con voz estentórea, mandó:

—¡Arriba! ¡Primera fila, apunten! ¡Fuego! ¡Segunda fila! ¡Fuego!—Los soldados, como movidos por un resorte, se pusieron en pie, y dos nutridas descargas á boca de jarro diezmaron jinetes y caballos que, sorprendidos unos y otros por la inesperada aparición de aquellos hombres que surgían del suelo como por escotillón, asustados los caballos por las detonaciones estruendosas de las descargas y por el resplandor de los fogonazos, se encabritaron, relinchando, y atemorizados los jinetes por las bajas sufridas, no tuvieron ánimo ni serenidad para dominar á sus corceles, y resultó una confusión espantosa. La sección que iba en cabeza vaciló, paralizando la carga. La inmediata vino á chocar con ella, aumentando el desorden. Algunos carlistas que, más animosos que sus compañeros lanzaron sus caballos sobre los cazadores, hiriendo á algunos de ellos con sus lanzas, pagaron con la vida su ardimiento.

Entonces el capitán, herido por un bote de lanza, gritó: —¡A la bayoneta!

Y los bravos cazadores arremetieron furiosamente á sus adversarios, pero no lograron alcanzar con sus bayonetas más que á los que habían sido derribados en tierra por efecto de las descargas de fusilería, porque el escuadrón carlista que venía en cabeza volvió grupas, y, en su fuga, arrolló á los que venían detrás, que, poseídos de un pánico espantoso, huyeron también en el mayor desorden.

El general León, sin darse cuenta de que aquella huida de los escuadrones enemigos, hacía suya la victoria, y acordándose tan sólo de que él precedía del arma de caballería, increpaba duramente á los fugitivos.

—¡Cobardes! ¡Canallas! ¡Malograr así una carga tan bonita!

Un viva á la Reina que daban los cazadores le trajo á la realidad. Y cuando, metiendo espuelas á su caballo, fué á felicitar á los vencedores, halló al capitán tendido en un ribazo y rodeado por un grupo de soldados, por cuyos atezados rostros corrían lágrimas de dolor. Estaba mortalmente herido; de una profunda herida que tenía en el pecho salía á borbotones la sangre, que en vano procuraban atajar con sus propias camisas, que habían sacado de los morrales, su asistente y su sargento primero.

Apeóse del caballo el general León, se arrodilló junto al herido, y estrechando una de sus manos, le dijo conmovido:—¿Qué hay señor comandante? Animo, que no será nada.

El capitán, haciendo esfuerzos por sonreír, en frases entrecortadas por las bruscas aspiraciones de una penosa respiración, con voz tan apagada y débil, que era imposible recordar al oírle la estentórea con que momentos antes mandara hacer fuego á sus soldados, contestó:

—¡Hay mi general... que mientras... la infantería... tenga disciplina... y quien la mande... nunca! ¡nunca! se verá arrollada por la caballería.

Y el esfuerzo que hizo para dar energía á su última frase, concluyó con su vida.

Cuando nuestro veterano amigo terminó su relato, todos sus infantiles oyentes llorábamos á lágrima viva. A él también se le saltaron algunas.

—¿Y no resucitó después?—preguntó mi hermanito Antonio sollozando, pues no se avenía á que tan bravo capitán se muriese.

—Sí, hijo mío. En la gloria, donde Dios acoge á todos los valientes que mueren cumpliendo con su deber.

Y al decir esto, con el dorso de la mano derecha se enjugó las lágrimas que había en sus ojos.

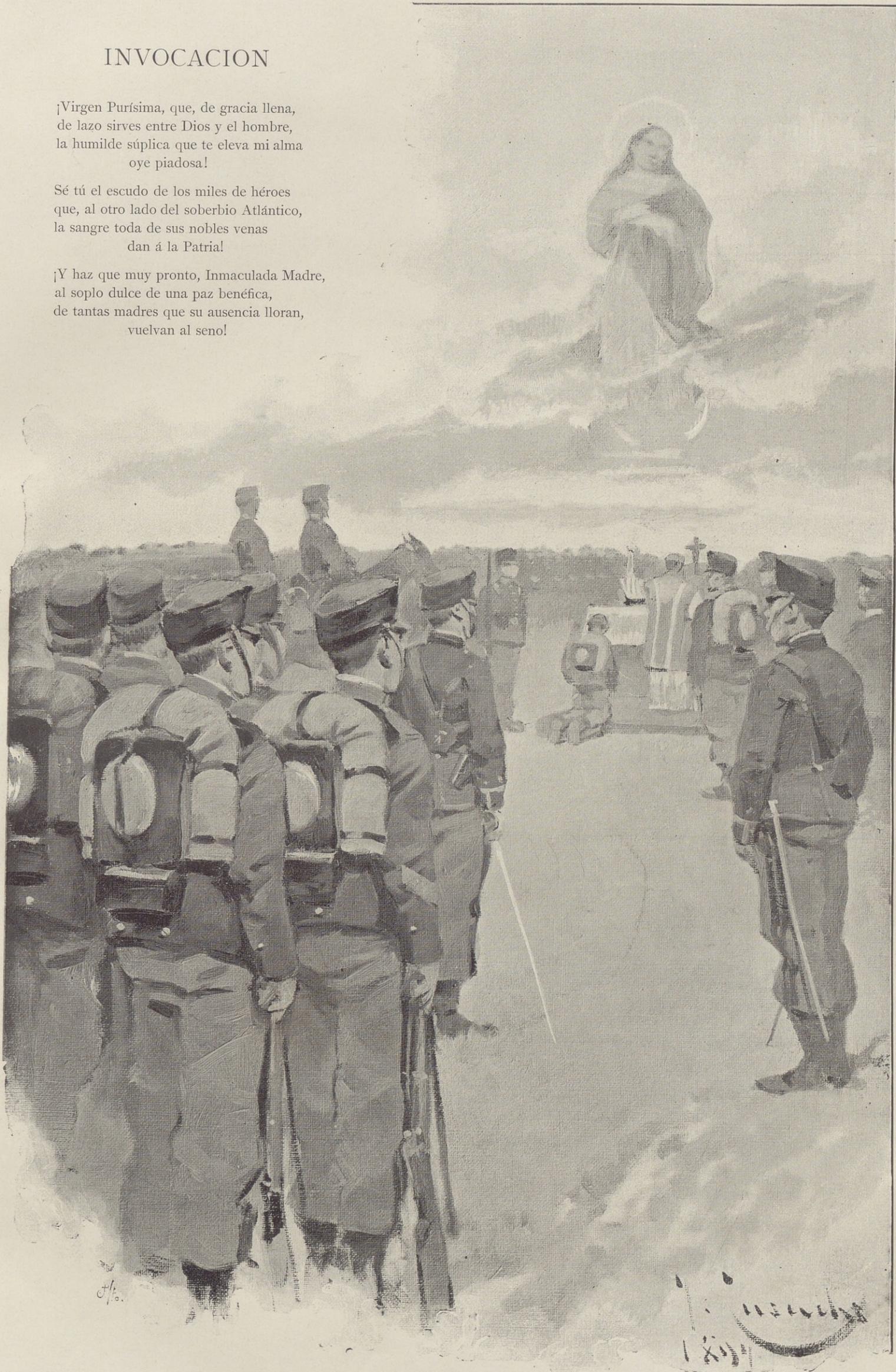
FRANCISCO MARTIN ARRUE

## INVOCACION

¡Virgen Purísima, que, de gracia llena,  
de lazo sirves entre Dios y el hombre,  
la humilde súplica que te eleva mi alma  
oye piadosa!

Sé tú el escudo de los miles de héroes  
que, al otro lado del soberbio Atlántico,  
la sangre toda de sus nobles venas  
dan á la Patria!

¡Y haz que muy pronto, Inmaculada Madre,  
al soplo dulce de una paz benéfica,  
de tantas madres que su ausencia lloran,  
vuelvan al seno!



UNA MISA EN CAMPAÑA, POR J. CUSACHS



ACCION EMPENADA

MEDICAL DEPARTMENT, U.S. ARMY



A LA MEMORIA  
DEL ILUSTRE GENERAL DON JUAN PRIM

CUÁNTO llanto has vertido, Patria mía,  
desde el infausto día  
en que, con criminal cínico alarde,  
troncharon su entereza y bizarría  
la oculta envidia y la traición cobarde!

¡Cuántas veces, envuelta en los girones  
de tu pasada gloria,  
temiendo de los vivos las pasiones,  
bajaste de la muerte á las regiones,  
para invocar de cerca su memoria!

¡Con qué placer, ya en ellas, destrozaras  
de su tumba los mármoles mezquinos,  
y..., á ser posible, de tu amor en aras,  
le dieras nueva vida... y le llamaras  
á regir nuevamente tus destinos!

Llora ¡infeliz! su ruina fué la tuya;  
los días y los años, paso á paso  
transcurrirán sin que tu afán concluya...,  
sin que encuentres, acaso,  
en otro cuerpo un alma cual la suya.

¡Y cómo no llorar si tus entrañas  
hondo pesar tortura todavía!..  
¡si olvidar no han podido las Españas,  
del héroe esclarecido las hazañas,  
del mártir la agonía!

Llora su fin, y tus desdichas llora;  
á tus duelos constantes y prolijos  
sólo faltaba ¡oh, Patria! que, en mal hora,  
hundiera en el no sér garra traidora  
al mejor, al más fuerte de tus hijos.

Al que en su erguida sien llevaba impreso  
de Marte y de Belona el doble beso;  
que la Victoria coronó en la cuna,  
y, pródiga, cedióte la Fortuna  
para afianzar tu paz y tu progreso.

Al que, con noble aliento, mozo apenas,  
de la opresión abyecta en que vivías  
quebrantar se propuso las cadenas,  
y darte, con la sangre de sus venas,  
libertades que aún no conocías.

¡Cómo cabe pensar que nunca olvides  
al que, triunfante en temerarias lides,  
supo probar al africano astuto  
que, á tu voz, aun florece y rinde fruto  
el tronco carcomido de los Cides!

¡Imposible! ¡No hay mar, no hay horizontes,  
no hay tiempo que al recuerdo pongan vallas  
del caudillo, invencible en las batallas,  
ante quien prosternábanse los montes  
y caían deshechas las murallas!

Quando al peligro se arrojaba ciego,  
ardiendo en sacro fuego,  
¿qué talismán guardaba su existencia?  
¿cuál genio protector encendió luego  
la luz de su preclara inteligencia?

Aquella llama que brotó en su mente,  
destello del poder Omnipotente,  
para llevar hasta el confín del mundo  
su fama de político eminente  
y pensador profundo.

Aquella inspiración súbita, fiera,  
que, en Méjico, á la faz de las naciones,  
plegando tu bandera,  
hizo sentir al águila extranjera  
la indomable altivez de tus leones.

Aquel fecundo natural talento,  
por ajenos y propios respetado,  
en el revuelto mar del Parlamento,  
y al dirigir, contra marea y viento,  
la nave del Estado.

Dios; sólo Dios, para endulzar tus males,  
á un mísero mortal, soldado rudo,  
podía dispensar mercedes tales:  
¡Dios, solamente, depararte pudo  
tan sabio protector, tan firme escudo!

Mas... ¡ay, mi Patria amada!  
¡De la lucha incesante, encarnizada,  
que sostiene Satán con el Eterno,...  
en hora triste, para ti menguada,  
triunfante una vez más quedó el infierno!..



¡Y la Parca, que nunca, frente á frente,  
logró atajar del héroe la bravura,...  
halló, al cabo, propicia coyuntura  
de herirle mortalmente,  
por la espalda, á traición y en noche obscura!

¡Jamás limpias de sangre estén las manos  
que hasta él llegaron, con fiereza impía!  
¡malditos para siempre los villanos  
que fraguaron tamaña alevosía,  
de españoles indigna y de cristianos!

¡Patria infeliz! Para mayor cinismo,  
sobre el sepulcro mismo,  
á cuyo lado tu dolor exhalas,...  
cual el cuervo al pasar sobre el abismo,  
impune la maldad bate sus alas.

Y cuando, en tu aflicción, veces no pocas,  
de la víctima ilustre el nombre invocas,...  
los verdugos sonrén con malicia,  
y, entre los pliegues de sus negras tocas,  
se esconde avergonzada la Justicia.

¡Patria á quién tanto amó! ruega, en tus preces,  
por el hijo querido  
de que, aun hoy, con razón te enorgulleces:  
á vivir él, de fiyo hubieras sido...  
lo que ya fuiste: ¡lo que ser mereces!

¡Honrarle es tu deber!.. Mientras la Historia,  
en su libro inmortal, para ensalzarle,  
de Prim escribe la grandeza y gloria,...  
¡llora su aciago fin!.. ¡Sepa llorarle,  
quien no tuvo el consuelo de vengarle!

SALVADOR CARRERA

## LA NONA

Al tornar en sí de su letargo el conde Raimundo de Villaparda, reconoció á su médico que le contemplaba con aire triste.

— ¡Salvado por este vez! — murmuró sonriendo é incorporándose en el lecho.

— ¡Pobre amigo! — suspiró el doctor. — Y viendo que el enfermo le miraba con sorpresa.

— ¡Valor! — continuó; — es mi deber decir la verdad.

— ¿Eh?

— Presentáis todos los síntomas de la *nona*.

— ¿Y qué quiere decir eso?

— Que después del letargo de que acabáis de despertar, el enfermo goza tres horas de lucidez... luego de las cuales, muere repentinamente.

— Pero...

— ¡Valor, repito! La vida no está al fin y al cabo exenta de penalidades... Conque, adiós, amigo mío, adiós; y aprovechad el tiempo.

Diez minutos después, el conde, en pie, procedía tranquilamente á su *toilette*.

El doctor habíase retirado discretamente para dejarle en libertad de atender á sus disposiciones supremas.

Cuando hubo terminado el arreglo de su persona, con exquisita escrupulosidad, Raimundo abrió una caja de tabacos, encendió un cigarro y se puso á fantasear cómodamente arrellanado en un ancho sillón.

Por mucho valor que tuviera para mirar á la muerte cara á cara, el conde encontraba su situación extremadamente afflictiva.

El día anterior á los primeros síntomas de una grave dolencia, había tomado resueltamente todas sus decisiones; había hecho venir un sacerdote y un notario, quemado su correspondencia y puesto todas sus cosas en regla. Después, habíase quedado aletargado, pensando no despertar más de aquel sueño profundo.

Peró su situación parecía ahora la de un condenado á muerte que después de haber entrevisto el indulto, se encontrase de pronto frente á frente del patíbulo.

Contemplando melancólicamente las caprichosas espirales de humo que envolvían su rostro, remontándose perezosamente hasta el cielo raso de la habitación, Raimundo, pasó revista á su pasado.

Los días de su infancia, su primer amor, y, últimamente, los días dichosos de su luna de miel.

¡Cuán feliz había sido!

Habíase casado enamorado locamente de su mujer, y su dicha hubiera sido completa, á no impedírselo la pasión de los celos, que nunca pudo dominar. ¡Y pensar que aquella unión tan deseada y que tan venturoso le hacía acabó por una separación ruidosa!

¿Y todo por qué? Por un error de parte suya, y por una terca intransigencia de parte de ella.

Separados amigablemente, habían continuado amándose. Sus relaciones se limitaban á saludarse fríamente cuando se encontraban en la calle; pero el interés, con que, á espaldas el uno del otro, procuraban informarse mutuamente de su respectivo estado, delataba la falsedad de aquella indiferencia.

La idea de morir sin ver á su amada esposa le mortificaba sobre manera.

La estudiada obstinación, la inflexible energía, la mentida frialdad observada hasta entonces, le parecía ridícula é inútil, cuando muy pronto iba á llegar fatalmente la eterna separación.

¿Por qué no intentar una reconciliación postrera?

Raimundo fué á sentarse á su escritorio y trazó sobre un papel algunas líneas, con mano nerviosa. Luego, sonó un timbre y se presentó un criado, á quien entregó la carta.

Hecho esto miró su reloj. Le restaban dos horas de vida. La condesa tenía tiempo de venir.

¿Vendría?... ¿La conmoovería aquel escrito de supremo adiós, ó, inexorable en su dignidad de mujer ofendida, rehusaría perdonarle delante mismo de la muerte?

La angustia de esta incertidumbre agravaba la tortura moral de Raimundo que, á despecho de su sangre fría, contaba uno á uno, los minutos que le separaban de la agonía.

Transcurrió una hora.

Se puso á escribir una larga carta á su madre, en la cual evocaba lejanos tiempos, cuyo recuerdo le enternecía.

De pronto, Raimundo se estremeció. El timbre eléctrico había vibrado. Después de algunos segundos de expectativa ansiosa, se abrió la puerta y anunció el criado:

— La señora condesa.



MTRO. AGUSTÍN SALVANS, AUTOR DEL « MINUETO »  
QUE ACOMPAÑA Á ESTE NÚMERO.

El conde se había levantado palidísimo.

— ¡Herminia! — gritó.

Peró su esposa se había detenido á la puerta, con marcado gesto de indignación.

— Esto es un engaño, caballero, — dijo fríamente.

— ¿Un engaño? ¿Qué quieres decir?

— Me escribes que estabas moribundo, y te encuentro en perfecto estado, despachando tu correspondencia. ¡Adiós!

— El conde la detuvo dulcemente por un brazo y, mostrándole la carta que estaba escribiendo á su madre:

— Lee, te lo ruego; — la dijo.

Apenas hubo pasado la vista por el pliego, se arrojó sollozando al cuello de su esposo.

— ¡Era cierto! ¡Vida mía!

Por algunos instantes permanecieron así unidos en abrazo estrecho y doloroso.

Un abrazo como aquellos apasionados que en tiempos más felices se prodigaban llenos de amor y ventura.

Luego, sentóse el conde y la tomó en sus brazos cubriéndola de besos, y hablaron del pasado, de su cariño inmenso, de sus ilusiones perdidas, de sus ya muertas esperanzas, del día de su boda...

Recordaron sus paseos matutinos por el campo; su viaje de novios; los detalles más nimios de su vida; las tiernas caricias de sus expansiones conyugales; el primer beso de amor...

Parecía que querían olvidar el drama terrible que se acercaba, haciendo revivir en el recuerdo las dichas que pasaron para no volver jamás.

El sonido del timbre eléctrico, que anunciaba la llegada de alguien, les sacó de aquella especie de embriaguez.

— El señor doctor, — anunció el doméstico.

Ambos cambiaron una mirada de angustia suprema.

— ¡Cómo! ¿En pie? — exclamó el médico, con gesto de estupor. — Y yo que venía para...

— Veníais para...

— Mejor es así... Veo que me he equivocado... Yo venía para extender el certificado de vuestra muerte.

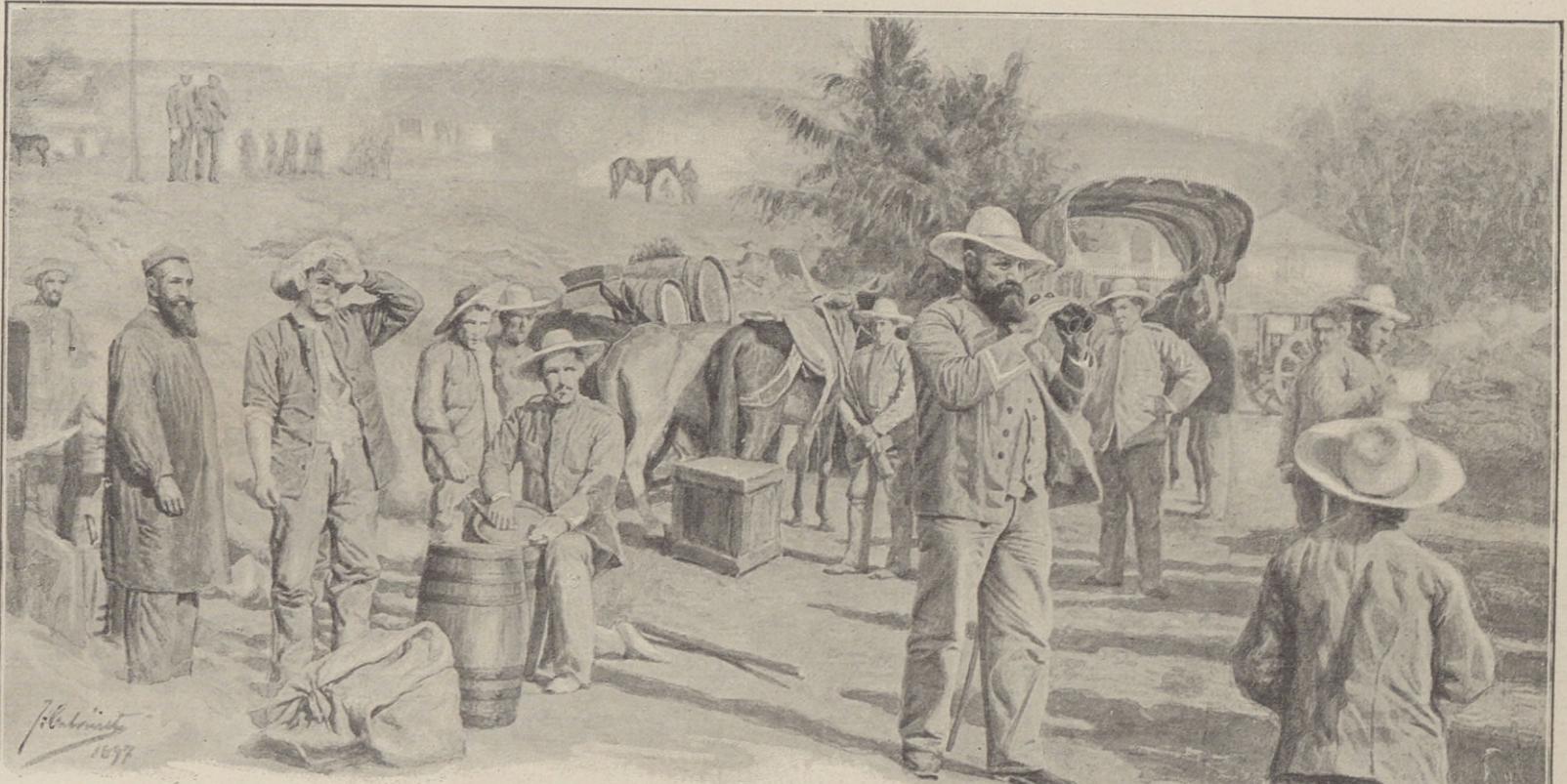
— Gracias por la atención; — respondió, sonriendo, el conde.

— ¿Entonces, está salvado? — preguntó con ansiedad Herminia.

— Completamente... ¡Es extraño! *El Eco de la Clínica*, hacía en sus últimos números un acabado estudio de la *nona*, y todos los síntomas... En fin, repito que me alegro y...

Se alegraba, en efecto; pero allá en el fondo, sentía así como vergüenza ó despecho por ver fallada su profecía.

— Herminia, — murmuró Raimundo al oído de su esposa; — ¿si le invitáramos á nuestra mesa esta noche?..



## LA INFANTERÍA ESPAÑOLA EN AMÉRICA

La acción constante y destructora de los años que así influye sobre las obras de los hombres, como sobre los hombres mismos, que así destruye dominaciones, como aniquila instituciones y poderes, no ha logrado privar á nuestra patria de un elemento á que en todos tiempos debió su independéncia y en casi todo un siglo su preponderancia y su grandeza. Este elemento es el soldado, ó para hablar más propiamente, el infante español.

Todas sus virtudes y todas sus proezas descritas por la historia, ensalzados por la poesía, nos parecerían extra-humanas, si hoy no volviera á ofrecernos ejemplos si cabe más admirables y sublimes. Cuantos hechos realizó en Flandes y en Italia, en Africa y en América, se nos antojarían fabulosos, si el infante de hoy, digno sucesor del soldado de los viejos tercios, no acreditara, en alto grado, iguales ó si cabe mayores virtudes que las de sus antepasados. Es el mismo hombre con otros arreos, pero con el mismo corazón; es digno descendiente de los que con Pizarro, con Hernán Cortés, con Almagro y con Alvarado, fueron á conquistar imperios dilatados, sin otra confianza que la que inspira el propio esfuerzo. Y todo lo que se diga de lo que efectuó en Europa, asistido de cerca por sus reyes, resulta pálido al lado de lo que ejecutó, y ha cumplido en América. Tipos como los de aquellos soldados que lejos, muy lejos de la patria, dejando el desierto ó el mar á sus espaldas, sin recurso, sin probabilidades de éxito, se arrojaban á tales empresas; individualidades como las de aquellos hidalgos castellanos que sin otra garantía que su tizona se atrevían con monarcas poderosos, y derribaban con ella el pedestal de las viejas divinidades; hombres del temple de Pizarro, á los que el peligro parecía dar alientos, y que, en los momentos supremos, trazaban con su espada la famosa línea que debía separar á los que dudaban del porvenir y á los que, por conseguirle, estimaban en poco la vida; almas del temple de las de Quesada, Valdivia y Sarmiento, esas, esas no las ofrece la historia de pueblo alguno. Ni tienen éstos, cuadros de tan magnífica grandeza, tan palpitantes de interés, tan dramáticos como los de aquellas conquistas, ni, lo repetimos, figuras tan originales y tan bizarras. Allegadizos y heterogéneos eran los elementos, no siempre bien fabricadas las armas, escasa la instrucción y no muy sólida la disciplina, pero el temple de alma y el extraordinario vigor físico lo suplían todo. Con poco más de seiscientos infantes conquistó Hernán Cortés la Nueva España, con



ciento sesenta, Jiménez de Quesada ganó la Nueva Granada; y con ciento sesenta y ocho hizose dueño Pizarro del imperio peruano. «Y lo que hicieron los conquistadores de América, dice un escritor colombiano, fué tan estupendo, tan fabuloso, que jamás descripción alguna por fiel, extensa y poderosa que sea podrá igualar la realidad. Es necesario haber nacido ó vivido largo tiempo en América, y conocer los Andes, los desiertos, las selvas, los ríos, las ciénagas, las costas y los climas de ese mundo en que todo es colosal, para comprender y apreciar, por los formidables obstáculos de hoy, lo que entonces hicieron aquellos hombres, prodigiosamente audaz, heroico y temerario...» Pero ¡cuán cierto es que la temeridad es la característica de nuestra raza! Epica, sobrehumana se nos representa la empresa de la conquista, pero á todas

luces admirable y digna de estudio la sangrienta y empeñada lucha de la separación. Combatió en aquella España contra pueblos relativamente incultos, y en su mayoría salvajes, los sojuzgó gracias á la audacia y al valor de sus caudillos, á la fiereza y el vigor de sus soldados, á la novedad de los recursos; y sólo así se comprende que con reducidas huestes llegáramos á dominar desde el golfo mexicano á la tierra del fuego, sobre gentes de distinto carácter y sometidos los conquistadores á la influencia de diversos climas. Y á las dificultades de estos climas y del terreno, como á las del carácter de cada pueblo, uniéronse, no sólo las de la comunicación de la metrópoli, sino las luchas personales entre los dominadores. Pero cuando llegó la hora triste de la rebeldía, cuando á las ideas de independéncia que germinaban en los pueblos americanos, se unió le abatimiento de la patria, entonces dieron nuevamente nuestros soldados bizarras pruebas de su temple de alma. Una lucha de doce años, en la que porfiadamente se disputó el terreno palmo á palmo, acreditó su perseverancia.

Las marchas realizadas á través de los nevados Andes, allá donde anidan los condores y donde apenas se halla rastro de la existencia humana, las batallas campales de que fueron teatro aquellos hermosos campos, los sitios en que, como en el Callao, se repitieron los heroísmos de



Zaragoza y de Gerona, son digno epílogo á nuestra dominación, y revelaron á la faz del mundo que si no siempre el valor triunfa de la fortuna, nunca podrá la fortuna eclipsar á la gloria. Y cuenta que el soldado español ya sólo constituía el nervio de nuestros ejércitos de América; y que por singularísima coincidencia el día infausto de Ayacucho, mientras el ejército enemigo se hallaba nutrido de europeos, el nuestro se componía en su mayor parte de americanos. Con soldados españoles, algo más se hubiera retardado la irremisible y fatal separación.

Pero ni aquellos hermosos hechos, ni aquellos sublimes sacrificios amenguaron los del soldado de nuestros días. Todavía éste nos parece más grande y más heroico, si se le compara con los veteranos de los mejores tiempos. Mozo arrancado del hogar antes de sazón por la ley durísima de las circunstancias, con escasa instrucción militar, más bien teórica que práctica, obligado á combatir en clima mortífero con enemigo sagaz y traidor, su grandeza de espíritu se revela á cada momento en palabras y conceptos que debieran esculpirse en el bronce. Aquellas frases que el conquistador Vargas Machuca pone en boca de un soldado que al acudir á otro, aspeado y enfermo, como él, le dice para darle alientos: *¿Estáis bien ahora? Pues quedaos con Dios y él os de esfuerzo y vida que yo me voy á morir*, — son todo un poema de heroísmo y abnegación que hoy se repite con mucha frecuencia. Se muere antes con la preocupación de salvar el fusil, que la de perder el cuerpo, y en determinados casos menos que la muerte se teme la profanación del cadáver. Ahí está el héroe de Coscorro para hacerlo bueno. Se lucha y se combate más con las enfermedades que con un enemigo, sobrado alevoso para pelear cara á cara y cuerpo á cuerpo. Y cuanto se dijera de los sufrimientos de nuestros soldados sería poco al lado de la realidad. «El vómito y la tifoidea que arrasan y siegan las vidas más lozanas; la disentería y el paludismo que agotan y desesperan; los infartos que reducen la energía más fibrosa; las llagas, úlceras y erupciones que mortifican, laceran y martirizan, acompañan al soldado como la sombra al cuerpo. Caminando por ciénagas y tembladeras, aquí desgarradas las carnes por la zarza, allá heridos los pies por las púas, acullá luchando con el torrente impetuoso; unas veces soportando el aguacero y siempre bajo la acción del sol que quema; en la mayor parte del año, sufriendo el frío húmedo de la madrugada que llega á los huesos, sin que sean parte á impedirlo, ni el rayadillo del traje, ni la manta liviana que el Estado próbidamente le facilita, respirando en los poblados la fetidez de la ignorancia y del abandono más incipientes... Y como si todo ello no fuera bastante todavía, cuando al llegar á la villa corre presuroso en busca de alojamiento donde restaurar sus fuerzas, gastadas en penosas marchas y en cruentas operaciones, halla una huéspeda fiera de alma y aviesa de intención, que le injuria y molesta porque ha trocado en lecho, no el aposento del bohío, ni siquiera el cobertizo del mismo, sino el áspero y fangoso suelo de la calle, donde á su sabor y sin miedo á que se le encojan las sábanas, ha medido y marcado con su cuerpo el espacio destinado á su reposo... ¡Doloroso *vía-crucis* el del soldado español en América!» Estas líneas escritas allá en tierra cubana por un infante tan ilustrado como bizarro, dan la medida de la abnegación y de los sacrificios de nuestros soldados. Mirando á estos de hoy, parece

que escribió allá en el siglo XVII Vargas Machuca su *Milicia Indiana*. Y poniendo en parangón éstos con aquellos infantes, sin vacilación puede decirse: *Los de hoy son superiores*, — añadiendo luego: *aunque iguales en el premio*. ¡Para qué mayores apologías!

\* \* \*

Diciembre, mes de hermosos aniversarios para la infantería, es el sexto en que celebra la fiesta de su excelsa Patrona. Poco más de trescientos años hace que un puñado de españoles perdidos en los hielos de Holanda, la proclamaron por tal; y gracias á un accidente que atribuyeron á favor del Altísimo, consiguieron romper el cerco de sus enemigos y volver triunfantes á sus cuarteles llevando entre sus gloriosos estandartes la imagen de María Inmaculada. En los momentos de mayor peligro, acudió el contrario á intimar la rendición, pero el maestro de campo Bobadilla contestó con estas lacónicas frases: *Los españoles, prefieren la muerte á la deshonra*, — contestación muy digna de un glorioso pasado y de la gente que mandaba. Su perseverancia y su fe les dieron la victoria.

¡Quiera Dios que se desgarre el manto de tinieblas que hoy nos envuelve y que, con otro aniversario, celebre nuestra infantería una paz digna de sus merecimientos y de sus honradas tradiciones!

FRANCISCO BARADO

ILUSTRACIÓN DE CABRINETY

## CONCEPCION

Niña: tú eres sevillana  
y del barrio de Triana,  
de la estirpe del modelo  
que Murillo subió al cielo  
de la Pintura cristiana.

Dios, como á Ruth y á Raquel  
te ha dado un aire sencillo;  
tu corazón es de miel;  
tu rostro... es el rostro aquel  
de la *Virgen* de Murillo.

¿Y te llamas Concepción?..  
— ¡Que Dios te depare un bravo  
de los que en Cuba ahora son  
terror de la insurrección,  
con sus galones de cabo!

F. TOMAS y ESTRUCH



Al entrar en máquina las últimas páginas de este número, nos hemos enterado con hondo sentimiento, de la sensible desgracia que pesa sobre la distinguida familia del Marqués de Alella.

Su hijo menor, Jorge, ha pasado á mejor vida, sumiéndola en la mayor aflicción.

El ALBUM SALÓN se asocia sinceramente á las muestras de simpatía que con tan triste motivo le tributan sus numerosos amigos y, en particular, la aristocracia barcelonesa.

El eminente literato don Leopoldo Alas (*Clarín*) nos escribe participándonos que en breve nos remitirá desde Oviedo uno de sus primeros trabajos para ALBUM SALÓN.

También anticipamos á nuestros lectores que muy pronto se encargará de una sección especial, en las columnas de nuestro periódico, el genial y originalísimo escritor don Eusebio Blasco.

Nos felicitamos y felicitamos á nuestros lectores, que sin duda acogerán con entusiasmo la noticia.



### SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: Cuadro de Félix Mestres.

PÁGINAS EN COLOR: *El panorama de la Princesa*, cuento por Emilia Pardo Bazán, con ilustraciones de A. Serriñá.

*Un elegante del tiempo del Directorio*: cuadro de J. Brull.

*En el camerino*: cuadro de Manuel Cusí.

*Claustros de San Pedro de Tarrasa*: acuarela de F. Brunet y Fita.

PÁGINAS EN NEGRO: *La literatura del reposo*, artículo, por Rafael Altamira.

*Un velorio en América*: artículo de costumbres americanas, por F. Tomás Estruch, con ilustraciones de P. Béjar.

*El Clavel*: cuento, por Rafael M. Liern †.

*En la carrera del Corpus*: cuadro de Félix Mestres.

*Las hojas secas*: artículo, por Vicente Suárez Casañ.

*Sarah Bernhardt en Gismonda*: escultura de Torcuato Tasso.

*En boca cerrada...* artículo, por A. Sánchez Pérez.

*¡Demasiado tarde!* (continuación de la novela), por Salvador Carrera.

MOSAICO.

REGALO: Un precioso figurín iluminado.



LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

*Nerviosas* (3.ª serie, 2.ª de la de los *Mil sonetos*), con la licencia debida, por Francisco Antich é Izaguirre. — Precio: 1 peseta. — Tipografía católica de Sanjuán hermanos, Palma, 1897.



*El Rossinyol* (cançó popular), quinta de la colección *Cançons catalanes*, armonizadas por Enrique Morera. — Tipografía *L'Avenç*, Ronda de la Universidad, 4, Barcelona. — Precio: 2 reales.



*El Arte, los artistas y la Exposición de Bellas Artes de 1897*, por don Luis M. Cabello y Lapiedra, arquitecto premiado en exposiciones de Bellas Artes. — Madrid, imprenta de M. G. Hernández, Libertad, 16, duplicado, bajos. — Precio: 2 pesetas.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.



Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria